



Otros Logos

REVISTA DE ESTUDIOS CRÍTICOS

Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad, Universidad Nacional del Comahue

ISSN 1853-4457

Reseña:

Roberto A. Follari (2010), *La alternativa neopopulista, el retolatinoamericano al republicanismo liberal*. Rosario. Homo Sapiens. 116 páginas.

Julieta Sartino*

Hace ya algunos años Roberto Follari viene desarrollando investigaciones ligadas al tema populismo y neopopulismo.

La alternativa neopopulista, el reto latinoamericano al republicanismo liberal, este libro se compone de tres secciones bien diferenciadas que responden a tres momentos distintos de la investigación del autor.

Un primer momento titulado “La falacia de la democracia parlamentaria como modelo irrebasable”, escrito en 2007, publicado como artículo en el libro de Hugo Biagini y Arturo Roig: *América Latina hacia su segunda independencia (memoria y autoafirmación)*. Aquí el autor marca las limitaciones de la democracia parlamentaria, presentándose como forma universal.

La democracia parlamentaria se ha transformado en meramente delegativa, dice Follari: “gobiernan *representantes*¹, los cuales es obvio que, a menudo, se desprenden por completo de sus representados” (p. 15). Las iniciativas populares en las democracias parlamentarias están en detrimento y sostiene el autor, que en

* Licenciada en Ciencia Política, docente de la Universidad Nacional de Río Negro. Miembro activo del Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad (CEAPEDI) y del Centro de Estudios Históricos de Estado, Política y Cultura (CEHEPYC), Universidad Nacional del Comahue. La línea de investigación persigue una aproximación teórica a la potencialidad analítica del concepto de populismo para el análisis de casos particulares en espacios regionales o subnacionales y los últimos trabajos de orientan a analizar la hegemonía de la UCR rionegrina bajo las categorías de populismo y neopopulismo.

¹ La cursiva le corresponde a Follari.

regímenes de liderazgo personal y masivos existe mucha más participación de la población. A su vez, Follari deja clara posición respecto a la diferencia nodal entre democracia y dictadura, enfatizando claro está, la preferencia de la democracia ante el fantasma de las dictaduras militares, pero a su vez insiste en que la democracia como tal se encuentra limitada y deteriorada por el propio capitalismo, la lógica del capitalismo es la que margina a amplios sectores sociales de “los beneficios de su pertenencia a la comunidad” (p. 17). Esto hace que Follari formule algunas dudas a la supuesta libertad que propinan las democracias, cuando la mayoría de ellas, sobre todo el autor se detiene en las democracias formales latinoamericanas al estilo del gobierno de Uribe en Colombia, van acompañadas de paquetes de medidas neoliberales que no hacen más que excluir y generar profundas desigualdades en la población.

La hipocresía para el autor estaría en aquellos gobiernos que discursivamente defienden la democracia, pero por detrás son “gobiernos de ‘mano dura’ con derechos civiles recortados, sí están con el libre mercado, son súbitamente asumidos como democráticos. Y gobiernos que sostienen más libertades en los hechos, y que además mejoran las condiciones sociales y económicas de los excluidos del ejercicio de la ciudadanía, son considerados no-democráticos o anti-democráticos” (p. 20).

Ese par antagónico democracia/dictadura que define la historia de los gobiernos en Latinoamérica, hace que muchas veces caigamos en caracterizaciones erróneas. El autor plantea este deslizamiento semántico que ha generado la confusión de identificar ciertos gobiernos latinoamericanos como dictatoriales, tal es el caso de Chávez, expresa Follari: “no puede decirse que Chávez dirija una dictadura: ha ganado más de diez elecciones consecutivas, contra una prensa y un gran empresariado que lo han enfrentado de manera abierta y permanente” (p. 19).

La segunda parte del texto corresponde a una conferencia magistral en el marco del Primer Congreso de Pensamiento Social Latinoamericano, realizado en Ecuador en 2008, cuyo título es “Los neopopulismos latinoamericanos como reivindicación de la política”. Aquí el autor vuelve sobre la intensión que expresara

ya al comienzo del texto: “nuestro interés es netamente situado, y no nos parece adecuado discutir casos lejanos en el tiempo y en el espacio: nuestro objeto de deseo es esta Latinoamérica que habitamos, y es al fenómeno político que en ella vive al que nos estamos remitiendo” (p. 11). Así es como el autor deja clara su pretensión de atender a las particularidades de nuestros populismos, con características que nos son propias.

Con el rótulo de populista o neopopulista son caracterizados varios de nuestros gobiernos en la región, Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia y en menor medida el matrimonio Kirchner en Argentina. Muchas veces se intenta con estas etiquetas desprestigiar acciones y prácticas políticas llevadas a cabo por los mismos, justamente Roberto Follari se empeña en quitarle el tono despectivo a la expresión neopopulismo, demostrando que no se trata tan sólo de una etiqueta sino que: “la noción de populismo refiere aquí a procesos de real viabilización de intereses populares. De tal manera, de ningún modo estamos usando la categoría de la manera peyorativa en que a menudo se la ha utilizado dentro de la tradición política y politológica continental” (p. 29).

El autor elige hablar de neopopulismo y aquí el prefijo ‘neo’, alude a una suerte de características comunes con el populismo de los años ‘50, ‘60, que podemos reconocer en Lázaro Cárdenas en México, Juan Domingo Perón en Argentina, Velasco Ibarra en Ecuador y Paz Estensoro en Bolivia. Enumera los siguientes rasgos comunes: remiten a un liderazgo personalista, fuerte y de rasgos carismáticos; muestran reservas hacia el parlamentarismo, y también hacia el pluralismo en su versión de representación partidaria; refieren más a “movimientos” que a la forma-partido; en gran medida, su configuración se dio desde el poder del Estado, es decir siendo gobernantes sus líderes; sostienen posiciones nacionalistas, y tendencialmente proponen a la propia identidad como representativa del conjunto de la Nación frente a poderes externos; postulan una defensa del pueblo como entidad plebeya frente a las elites económicas, políticas y culturales, asumiendo cierto rechazo de lo ilustrado; y, como último rasgo, la representación del “pueblo” resulta siempre policlasista, y promueve una identidad colectiva inexistente antes de que el discurso populista irrumpiera (cfr. p. 30).

Follari insiste en la necesidad de despegar a la conceptualización del populismo de lo meramente discursivo y conceptual, como dijimos anteriormente, vinculándolo al plano de la praxis, analizando las prácticas populistas. Es ésta una de las primeras diferencias que Follari mantiene respecto al planteo de Ernesto Laclau. Expresa: “lo real-social no determina, pero sí condiciona lo discursivo; ello, incluso en la medida en que esto último es un nivel de existencia de lo real/social mismo. De tal manera, ser no reductivos de lo discursivo a lo social, no implica negar que lo social existe como condicionante, como espacio que pone límites y restricciones a lo discursivo” (p. 33). Asimismo plantea que los neopopulismos nacen en condiciones sociopolíticas diferentes y ya no pueden apostar al “desarrollo nacional” del mismo modo que lo hacían los anteriores populismos. Los gobiernos neopopulistas, expresa Follari: “han tratado de retomar las banderas de los años setenta con nuevas modalidades de ejercicio de la política, que no pasan hoy por la lucha armada como entonces, sino por la reconstitución del pacto entre la política y la población -destrozado por la calamidad neoliberal-, y por la asunción de banderas radicales de cambio; específicamente, el socialismo, casi por completo ausente en el populismo latinoamericano del siglo anterior” (p. 34).

Por último, el tercer momento titulado “El desafío a la hegemonía neoliberal en los nuevos procesos políticos latinoamericanos” es evaluado por Follari como la sección medular del libro.

Es en esta parte del trabajo, que Follari discute con Laclau, aunque ya hiciera referencia al autor en pasajes previos, respecto a cómo el mismo ha caracterizado al populismo, haciendo mención a la importancia que tiene el planteo de Laclau como inaugural respecto a la difícil tarea de deslindar al populismo del tinte peyorativo con el que carga.

Intentaremos hacer un recorrido sobre algunas de las cuestiones más relevantes que Follari reconoce en el planteo de Laclau como así también algunas interrupciones que se establecen entre ambas posturas.

Una de las primeras cuestiones que Follari reconoce en el planteo de Ernesto Laclau es la conceptualización sobre liderazgo, entendiendo que la cuestión del

liderazgo carismático (Weber) ha sido y es uno de los aspectos más importantes del fenómeno populista, dice Follari, “Laclau ofrece una explicación psicoanalítica de la función del líder que muestra que el líder no es alguien que se imponga sólo desde “arriba y afuera” (como se lo suele creer desde la DL), sino que implica una identificación mutua entre los miembros del grupo y de ellos con el líder, el cual es tomado como tal en la medida en que comparte ciertos rasgos con ellos” (p. 60)

Lo dicho por Laclau coincide con la experiencia de que los líderes populistas pueden a la vez ocupar el lugar del jefe y del compañero en el imaginario de sus seguidores (cfr. p. 60).

Otra de los aportes que Follari advierte en Laclau es la clarificación respecto a la relación democracia-populismo, señalando que el populismo permite muchas veces el acceso a una democracia radical, dando lugar a la posibilidad de resolución de problemas reales de la población que las democracias liberales, formales no logran. Aquí Follari vuelve a recalcar que la democracia liberal es una de las formas de democracia, muy imperfecta por cierto, hay muchas otras, es el populismo entonces una vía posible para modificar las anomalías de las democracias defectuosas y meramente delegativas.

Respecto a las críticas, nosotros elegimos hablar de aportes constructivos, realizados por Follari a Laclau, el autor, nos referimos a Follari, vuelve sobre algunas cuestiones que había planteado en secciones anteriores en relación a la reducción de lo social en lo discursivo que realiza Laclau en su empeño por conceptualizar. Esto para Follari es complicado, expresa “los conceptos se “rodean”, se van produciendo de a poco a través de ir siguiendo las determinaciones múltiples del objeto a ser conocido. La pretensión de una definición, tiende a cercenar la multivocidad de los aspectos que se ponen en juego en cualquier escenario de la realidad social” (p. 69). Entendemos que aquí se advierte aquel objetivo medular que planteara Follari al principio de su obra, atender a la particularidades de nuestros populismos, muchas veces en la necesidad de definir, excluimos, como si las características que definen a los populismos fueran unas y las mismas para siempre, y todo lo que allí no entrara por no reunir todas las características no puede ser pensando como populismo o

populista. Expresa el autor: “Es notorio, entonces, que hay cierto anacronismo epistemológico (y cierta inconsistencia interna, además) en la pretensión –por parte de Laclau– de exigir una definición de populismo. Es verdad, hasta los “aires de familia” wittgensteinianos podrían ser aludidos para pensar en lo que es un concepto, de modo de no pedir a la noción de populismo una precisión denotativa que no cabe, estrictamente, para ningún concepto en el área social” (p. 70).

Una vez problematizado esto, Follari expresa su intención de delinear que entiende por populismo latinoamericano, señalando rasgos principales que unen a los diferentes populismos, “sin pretender, como se supone en el caso de las definiciones, que todos comparten de tal modo tales rasgos que si a algún caso le falta uno de ellos, ya no entra en el concepto” (p. 71).

Como uno de los últimos aportes constructivos que Follari realiza a la obra de Laclau está el hecho de no haber realizado una real distinción entre sistema político y modo de producción respecto a la caracterización del populismo, no es propio de los populismos ser anticapitalistas, de hecho, plantea el autor, los de los años cuarenta y cincuenta nunca lo fueron, “el populismo es efectivamente rupturista en todos los casos, pero lo es solamente en cuanto al sistema político. Desde el punto de vista del modo de producción, hay que hacer un análisis aparte, y advertir en cada caso si cada concreto populismo se inscribe netamente dentro del capitalismo, u ofrece espacios de ruptura con el mismo” (p. 81). Respecto a esto mismo Follari plantea que Laclau es poco claro cuando defiende la democracia liberal como horizonte único de la lucha por la hegemonía, para Follari esto es casi inadmisibile y un imposible, el autor está pensando en la incompatibilidad profunda entre el populismo y la democracia liberal, es el mismo neopopulismo que hoy cuestiona las bases de la democracia formal-delegativa. Esta idea es reconfirmada luego por Follari analizando algunas de los pensamientos de Aboy-Carlés, especialista en la obra de Laclau y en el tema populismo. Para Follari los populismos dan visibilidad a quienes están excluidos de las democracias liberales, sectores vulnerables, analfabetos, sin tierra, sin techo, son incluidos en los movimientos populistas. Follari indica que Aboy-Carlés se refiere a lo rupturista que resulta el populismo y a la necesidad de clausura

hacia algún otro orden que implica, es decir, el populismo genera que existan dos tipos de oposición “una que se hace en resguardo del orden existente (de derechas) y otra que considera que hay que romper con el orden que el populismo propugna (de izquierda) (p.90). Esta característica se sumaría a la de inestabilidad que Aboy-Carlés encuentra en los populismos, Follari en un punto acuerda con esta idea y cree que la inestabilidad se la asocia a la lógica interna del populismo que intenta incluir al todo social “de tal manera, la inestabilidad se asocia a una lógica necesaria del populismo, en cuanto reta a lo establecido (incluso cuando no pretende llevar al socialismo). Los intentos de golpe a Evo Morales y a Chávez lo ejemplifican claramente, así como sucedió con el peronismo histórico, o con Velasco Alvarado en Perú” (p. 94).

Por último, el autor, luego de este recorrido minucioso por Laclau y en menor medida por Aboy-Carlés, toma posición respecto a lo que entiende por populismo y neopopulismo. Los populismos, o lo que el autor denomina “populismo histórico”, se dieron en los ´50, Cárdenas en México, Vargas en Brasil, Perón en Argentina. El retorno del mismo que se da, en líneas generales, sobre finales de los ´90 y principios del ´2000 tiene algunas características en común con el populismo histórico, como elige llamarlo Follari, “Los nuevos, a los que llamaremos *neopopulismos* en relación al diferente momento histórico que los recorta en relación con los primeros, mantienen el liderazgo personalista, la apelación a la *plebs*, el antagonismo hacia los otros partidos y la democracia liberal, la defensa a lo nacional, la tendencia a identificarse con el país en su conjunto. Son rasgos variados y decisivos, de manera que el emparentamiento de estos nuevos populismos con los anteriores difícilmente resulte rebatible; no en vano Chávez más de una vez ha evocado la figura de Perón como una de las que admira” (p. 104). Otro de los aspectos que definen los neopopulismos es la cuestión ligada a lo estrictamente ideológico, dice Follari que es más radicalizada que la anterior, más de izquierda, reconociendo que tanto en Venezuela como en Bolivia se habla de socialismo, y se retoman algunos reclamos tales como nacionalización de empresas, redistribución de la riqueza, regulación de la economía por el Estado, entre otros. Follari reconoce como neopopulistas los gobiernos de Morales,

Chávez, Correa, e incluye el caso argentino con el matrimonio Kirchner argumentando que “se comparte en ambos casos la cuestión del daño y de lo “irrepresentable” que aparece ante la sociedad invistiendo a estos movimientos populistas, como expresión de ese sujeto dañado/ocluído por las sociedades gobernadas desde las DL” (p. 105).

Por último el autor analiza cuáles son los motivos que impulsan o favorecen la emergencia de los populismos en Latinoamérica. Son dos las causas que explicarían esto, en principio la cantidad de grandes masas de población excluida del acceso a las necesidades básicas y esto dificultaría los procesos de ciudadanización. En segundo lugar la dominancia de la religión católica en nuestra región, en contraposición con el protestantismo hegemónico en EE.UU y el Norte de Europa, advirtiendo entonces que los rasgos medievales de la Iglesia Católica “comportamiento corporativo; paternalismo, asistencia, insistencia de la pertenencia de todos los fieles a una causa y destino comunes, un cierto colectivismo conservador” (p. 108), hace “menos lejana la posibilidad de remisión general a un líder fuerte; y deja margen para asociarse en la calle y realizar militancia con otras personas y agrupaciones para la acción política” (p. 108).

Los gobiernos neopopulistas latinoamericanos han surgido a partir de crisis agudas, intentando generar una alternativa, plantean fuertes discursos de ruptura y alejamiento con institucionalidades anteriores, “los populismos latinoamericanos se han construido *desde el Estado*”², sigue Follari, “Este operar desde el Estado se relaciona con que las prestaciones del neopopulismo se verifican muy concretamente, “el Estado práctico”. Como ya dijimos como ha ocurrido en el caso de los campesinos paraguayos (aunque sin populismo allí), los sectores populares prefieren bienes en mano que promesas ideológicas redentorias; en todo caso el redentorismo discursivo que sí habita en el neopopulismo, se sujeta a una práctica efectiva sustentada desde el real ejercicio de redistribución -y el margen de visibilidad- facilitados por el manejo del aparato de Estado” (p. 115)

El autor plantea, inicialmente, en el título del texto a los neopopulismos como una alternativa a la hegemonía neoliberal de los ´90, de la mano de democracias

² La cursiva le corresponde al autor

liberales, formales y delegativas. Quizás sean los neopopulismos con su dinámica y forma los que nos estén indicando el agotamiento de algunas categorías tales como derecha e izquierda, intentando despojarnos de ellas, dando lugar a nuevos fenómenos políticos que no necesariamente podemos encasillarlos tan fácilmente.